

GERARDO J. CUETO ALONSO

Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio, Universidad de Cantabria

Las expectativas frustradas de la Azucarera Montañesa en Torrelavega (Cantabria), 1898-1920

RESUMEN

En 1899 comenzó a funcionar en Torrelavega la Azucarera Montañesa, creada un año antes, dedicada a la fabricación de azúcar a partir de la remolacha. Su instalación se enmarcaba en un momento de crisis tras la pérdida de las colonias americanas y de desabastecimiento de azúcar en España. Veinte años más tarde la fábrica cerraba sin haber alcanzado en ningún momento las cifras de producción esperadas. La reticencia de los campesinos cántabros a introducir el cultivo de remolacha en su terrazgo fue la principal causa de su fracaso.

RÉSUMÉ

Les attentes frustrées de l'Azucarera Montañesa à Torrelavega (Cantabria), 1898-1920.- En 1899, l'Azucarera Montañesa, créée un an plus tôt, a commencé à fonctionner à Torrelavega. Son installation a été mise en service à un moment de crise après la perte des colonies américaines et la pénurie de sucre en Espagne. Vingt ans plus tard, l'usine ferme sans avoir atteint la production attendue. La réticence des agriculteurs

de Cantabrie à introduire la culture de betterave dans leurs terrains a été la principale cause de son échec.

ABSTRACT

The frustrated expectations of the Azucarera Montañesa in Torrelavega (Cantabria), 1898-1920.- In 1899, the Azucarera Montañesa, founded a year earlier, began operating in Torrelavega. Its installation was created at a time of crisis after the loss of the American colonies and sugar shortages in Spain. Twenty years later the factory closed without ever having reached the expected production. The reluctance of Cantabrian peasants to introduce beet cultivation in their properties was the main cause of its failure.

PALABRAS CLAVE/MOTS CLÉ/KEYWORDS

Industria, azúcar, Cantabria, cultivo industrial, remolacha. Industrie, sucre, Cantabrie, culture industrielle, betterave. Industry, sugar, Cantabria, industrial crop, beet.

I. INTRODUCCIÓN

A finales de 1898 se fundaba en la ciudad de Santander la sociedad anónima Azucarera Montañesa, que un año más tarde comenzaba la producción de azúcar a partir de la remolacha en su nueva fábrica establecida en Torrelavega.

En España la fabricación de azúcar de remolacha acusó un notable retraso con respecto a otros países europeos, que a lo largo del siglo XIX habían estimulado el cultivo de esta raíz para abastecer a su industria azucarera y, a su vez, habían adoptado una férrea política proteccionista frente a las importaciones antillanas, incluso subvencionando camufladamente las exportaciones (JIMÉNEZ, 1986, pp. 695-696; BARAJA, 1994, pp. 36-37). El mercado español se abastecía de azúcar de las colonias ultramarinas, especialmente proveniente de Cuba, y una pequeña can-

tividad obtenida a partir de la caña cultivada en la franja costera de Granada, Málaga y Almería (MARTÍN, 1987, p. 301). En esta zona privilegiada para el cultivo de la caña, los tradicionales trapiches y antiguos ingenios se habían transformado en modernas fábricas, con nuevas instalaciones y una mejor organización del trabajo, aparte de haberse introducido mejoras en los cultivos gracias a nuevas variedades de caña (SÁNCHEZ SÁNCHEZ, 2014, p. 17).

La primera campaña remolachera en España se realizó en 1882 tras un tiempo de ensayos con diferentes variedades hasta dar con la más adecuada para la fabricación de azúcar. Los positivos resultados justificaban la construcción de dos fábricas que comenzaron a funcionar simultáneamente ese mismo año: la Azucarera Santa Isabel en Alcolea (Córdoba), propiedad de Ricardo Martel y Fernández de Córdoba, conde de Torres-Cabrera, y el Ingenio San Juan, en Cúllar Vega (Granada), de la

Sociedad Mercantil Creus y Rubio, promovida por Juan López-Rubio Pérez (MARRÓN, 2011). No obstante, su trayectoria fue muy diferente, por cuanto la primera resultaría una experiencia aislada, mientras la segunda fue la responsable en gran medida de la inmediata difusión de la industria azucarera en España. En el siguiente decenio se construyeron otras nueve fábricas en Granada y dos más en la vecina Málaga. En 1892 el sector dio el salto al centro peninsular con la apertura de dos fábricas en Zaragoza y Madrid, aparte de otra más en Almería. Al año siguiente se constituía la primera sociedad azucarera en el norte para explotar una fábrica en Veriña (Asturias). Antes de que finalizara el siglo las azucareras habían proliferado en todo el territorio nacional hasta contabilizarse más de cuarenta, y casi sin descanso al año siguiente se erigieron otras ocho más (DONOSO, 1912).

Baraja Rodríguez (1994) atribuye esta «fiebre azucarera» a varios factores. El mercado español se encontraba muy protegido por las tasas impuestas por el arancel de 1892, incluso con respecto a las colonias americanas, aunque se permitiera la entrada de azúcar cubano (JIMÉNEZ, 1986, pp. 703-704; GERMÁN, 2004, p. 2134). Mientras las relaciones con ultramar se iban deteriorando se manifestaba la imposibilidad de incrementar la superficie cultivada de caña en la metrópoli por cuestiones climáticas, por lo que se apostó por un cultivo de éxito en Europa como la remolacha, que podría adaptarse perfectamente al campo español. Asimismo, el consumo de azúcar en el país se había ido incrementando desde mediados de siglo, por lo que debía resultar factible la ampliación de la producción nacional. Aunque entre 1850 y 1920 su consumo se duplicaría (CASADO, 2015, p. 425), se partía de unas cifras muy exiguas y considerablemente alejadas de las de la mayoría de los países europeos. Fuertes (1902) indicaba que en 1901 el consumo anual en España era 4,55 kilogramos per cápita, muy inferior a otros países del norte de Europa como Inglaterra (44,52), Suiza (24,40), Dinamarca (23,40) u Holanda (20,21) y tan solo superior a otros países del Sur como Grecia (3,41) o Italia (2,88)¹.

La pérdida de las colonias americanas fue sin duda el detonante que multiplicó la creación de fábricas azucareras en España. Desde ese momento el azúcar ultramarino pasó a tener el mismo régimen arancelario que el proveniente del resto de países, lo que permitió gozar a la industria española de una elevadísima protección exterior,

acrecentada aún más con la Ley de Azúcares de 1899². El mercado nacional quedaba a merced de las todavía escasas fábricas azucareras españolas que tuvieron unos extraordinarios beneficios sin competencia exterior en la primera zafra. Todo ello propició el impulso constructivo de nuevas fábricas que surgieron en un breve espacio de tiempo como «setas en otoño», lo que desembocaría en un desordenado crecimiento del sector.

En este contexto surgió en Cantabria el proyecto de construir una fábrica azucarera a partir de la remolacha. En las siguientes páginas se repasan las dos décadas que estuvo en activo la fábrica azucarera cántabra, haciendo especial énfasis en los problemas estructurales que afectaron a su actividad desde sus inicios. Asimismo, se atenderá al primer intento de implantación de un cultivo industrial en Cantabria, como la remolacha, que tuvo grandes dificultades para expandirse y que, por consiguiente, perturbaría la normal marcha de la fábrica.

II. LA CONSTITUCIÓN DE LA AZUCARERA MONTAÑESA

El impacto social y económico de la pérdida de las colonias en la ciudad de Santander, y especialmente en su puerto, fue considerablemente superior al de otras zonas del país. Si bien la crisis portuaria era evidente en el último cuarto de siglo tras dejar de tener el monopolio del comercio de harinas con América, la independencia de las colonias iba a certificar el cierre de una etapa, como señalaba Ortega (1986, p. 65): «la sociedad, que había basado su prosperidad y desarrollo en el comercio colonial, ha de plantearse su futuro», tenía que buscar nuevos derroteros.

La minería y la industria, así como otras actividades ligadas a estos sectores, se presentaban como las mejores alternativas para la inversión en el Santander finisecular. En el primer caso, la extracción de mineral de hierro estaba comenzando su etapa más brillante una vez superados los obstáculos que habían condicionado su explotación, de manera que la burguesía santanderina se lanzó casi desafortunadamente a constituir compañías mineras, que ayudarían también a revitalizar el tráfico

¹ Fuertes (1902, p. 429) extrae los datos de un artículo de la revista francesa *La Nature*. Casado (2015, p. 425) indica que en países como Francia el consumo entre 1850 y 1920 se había multiplicado por cinco y en Alemania se había sextuplicado.

² «De repente, el azúcar de Cuba y Puerto Rico, que había venido abasteciendo la parte del mercado interior no cubierta por la producción nacional, adquiría la condición de extranjero. Esto, en términos aduaneros, significaba que para entrar en la Península tenía que pagar, por todos los conceptos, unas 96 pesetas por quintal, mientras que el español satisfacía poco más de dos. Un margen protector como éste disuadía cualquier veleidad importadora» (JIMÉNEZ, 1986, p. 729).

portuario (CUETO, 2006). Ligado a la actividad minera se presentaba el anhelado proyecto de montar unos altos hornos en la provincia que aprovecharan el mineral local y la posibilidad de obtener carbón inglés a un buen precio como flete de retorno de los barcos mineraleros, emulando a lo que sucedía desde los años setenta en la ría de Bilbao (CUETO, 1998).

Casi al mismo tiempo que se conocía este proyecto siderúrgico se gestaba la constitución de una empresa cuyo objetivo era la instalación de una fábrica azucarera en la región. En cierto modo no resultaba extraño que la burguesía santanderina se fijara en un sector bien conocido en su puerto por el que desde hacía décadas llegaba el azúcar antillano; asimismo, a esta élite local pertenecían numerosos indianos regresados de Cuba en los años previos y que habían tenido negocios azucareros en la isla. Precisamente la disponibilidad de esta materia prima había alumbrado décadas atrás el establecimiento de algunas refinerías en la ciudad como la de Godefroy y Liégeois en 1841 y la Refinería Montañesa de Puig y Llagostera en 1886 (BARRÓN, 1992, pp. 117-118). Significativamente, mientras esta última cerraba sus instalaciones por falta de azúcar de caña, en la misma ciudad se ultimaban los detalles para poner en marcha una azucarera remolachera. Sutilmente se evidenciaba un cambio de ciclo en la ciudad de Santander y su provincia.

El 9 de noviembre de 1898 el industrial José María González Trevilla convocaba en la sede del Banco de Santander a más de cuarenta capitalistas y comerciantes santanderinos a una reunión para tratar de establecer en la provincia una fábrica azucarera a gran escala a partir de la remolacha, tal como ya habían hecho en los últimos años en la vecina Asturias, y se proponían iniciar en otras provincias como Valladolid³. La idea no parecía ser novedosa, por cuanto en los últimos años alguno de los asistentes a la reunión había «hecho pruebas para ver el resultado que daría en Cantabria la producción de remolacha» con una satisfactoria impresión⁴.

El proyecto fue muy bien acogido por la concurrencia, como lo demuestra el nombramiento de una comisión que estudiara su viabilidad formada por algunos de

los hombres de negocios más activos en el Santander de entre siglos: el propio José María González Trevilla, Guillermo Yllera, Dámaso Aja, Antonio de Huidobro, Leopoldo Cortines y Bonifacio Aja. Su principal trabajo consistiría en recabar información acerca de otras fábricas azucareras españolas, especialmente de las asturianas, sobre la maquinaria necesaria para poner en funcionamiento una fábrica y el estudio y adquisición de los terrenos más apropiados para su futura construcción.

En tanto iban realizando las funciones encomendadas, quedó constituida legalmente la nueva sociedad mercantil anónima el 23 de diciembre de 1898 ante el notario de Santander Tirso de la Torre Izquierdo, con un capital social de 2.500.000 pesetas, representado por 5.000 acciones de 500 pesetas cada una. Su primer Consejo de Administración quedó conformado de la siguiente manera: presidente, Guillermo Yllera Tejedor; vicepresidente, Benito Corral Ezquerro; secretario, Antonio de Huidobro y Ortiz de Zárate; y vocales, José María González Trevilla, Leopoldo Cortines Sánchez, Dámaso Aja Fernández y Bonifacio Alonso Bedía⁵. Todos ellos eran bien conocidos en el mundo de los negocios y reflejaban el doble origen del capital santanderino en aquellos momentos: el mercantil, vinculado a los negocios harineros y portuarios, y el indiano, repatriado previamente a la pérdida de las colonias⁶.

El capital mercantil estaba representado por algunos de los miembros de las familias más activas en los negocios santanderinos desde hacía décadas y que continuarían siendo protagonistas de la economía provincial durante el nuevo siglo. Guillermo Yllera, de origen palentino, había destacado en el negocio harinero, con dos fábricas en Villada y Nogales (Palencia), asimismo tenía una fábrica de luz en Herrera de Pisuerga y la fábrica de sacos de yute La Emiliana en Las Caldas de Besaya⁷. La familia de Antonio de Huidobro procedía de Valdivielso (Burgos), su padre se había trasladado a Santander a comienzos de siglo donde participaría en negocios portuarios relacionados con el envío de harina a América y el retorno de coloniales a la metrópoli; su hijo fue uno de los fundadores de la Compañía Santanderina de Navegación y posteriormente lo encontraremos en los consejos de administración de otras sociedades de diversos sectores, como los Altos Hornos de Nueva Montaña, Minas

³ *El Correo de Cantabria*, 11 de noviembre de 1898. En Asturias se había constituido en 1893 la Azucarera Asturiana, con fábrica en Veriña, y a lo largo de 1898 otras tres más: Avilés Industrial, Azucarera de Villaviciosa y Azucarera de Lieres (FUERTES, 1902, pp. 431-434). Tres días después de la reunión de Santander se constituyó en Valladolid la Sociedad Industrial Castellana que construiría la azucarera Santa Victoria en esa ciudad (BARAJA, 1994, p. 54).

⁴ «Hace años, el señor Alonso (Bonifacio) adquirió en Hamburgo semilla de remolacha y la sembró en terrenos que posee en el inmediato pueblo de Ajo. El resultado no pudo ser mejor», *La Atalaya*, 11 de noviembre de 1898.

⁵ *AHPC*, Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 131.

⁶ En las azucareras asturianas también es apreciable la participación de capital de origen americano (QUIRÓS LINARES, 1982, p. 89).

⁷ *La Atalaya*, 10 de octubre de 1906. Sobre esta fábrica textil, véase RUIZ (1998, pp. 103-106).

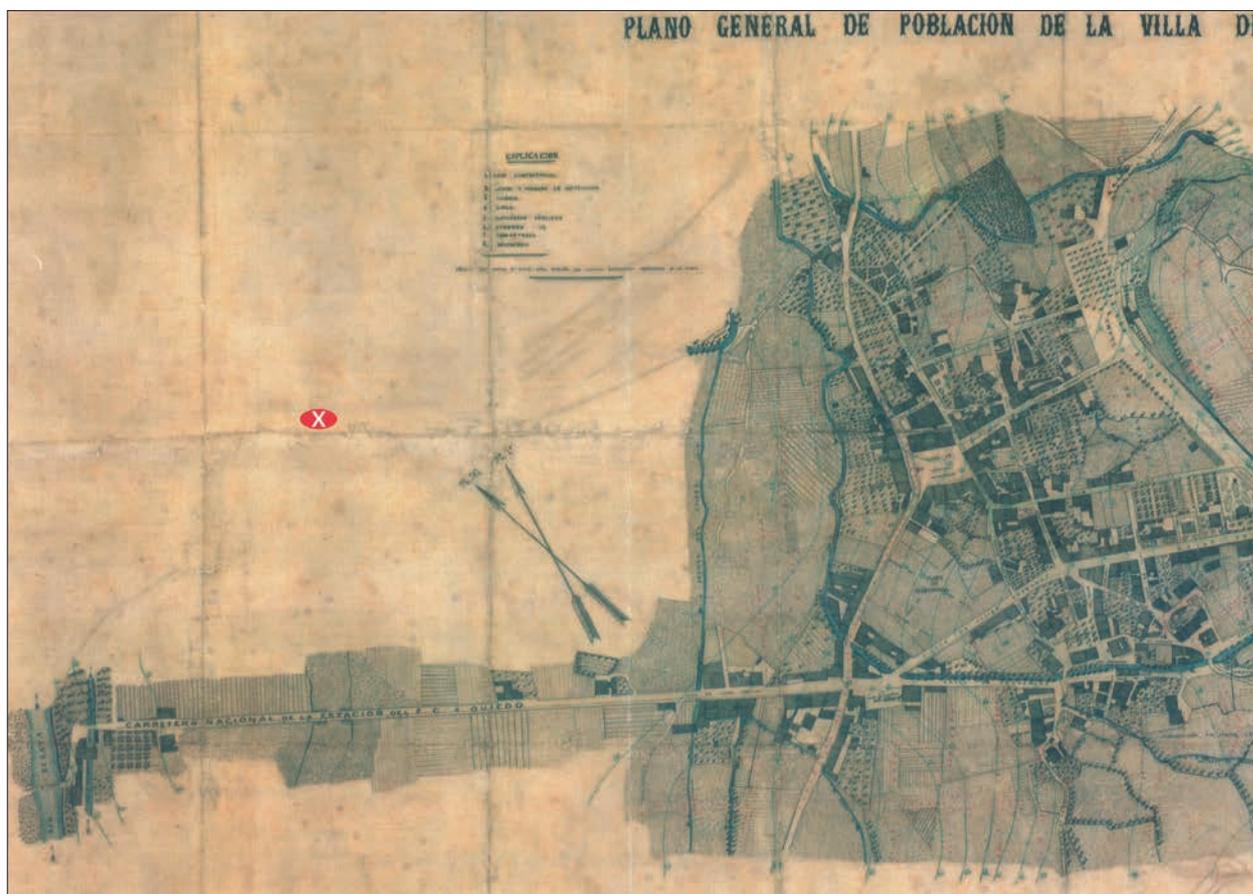


FIG. 1. Plano de población de Torrelavega, 1886. (x) ubicación aproximada de la finca de Alisar, donde se erigió la fábrica. Fuente: «Plano general y de ensanche de la población de Torrelavega elaborado por Pablo Piqué y José Varela», AMT, Legajo H170.

de Solía, la Alianza de Santander, Anglo-Española de Cementos Portland o la sucursal del Banco de España en la ciudad (HOYO, 1993, pp. 52-53; CUETO, 2006, p. 55). Leopoldo Cortines, que provenía de una familia con intereses en el sector licorero, sería uno de los fundadores de los Altos Hornos de Nueva Montaña, las compañías mineras Minas del Carmen y Nueva Argentífera y se sentaría en los consejos de administración de la cervecera La Austriaca y la sucursal del Banco de España en Santander (CUETO, 2006, p. 56).

Los otros cuatro miembros del Consejo de Administración habían hecho fortuna en Cuba y habían regresado tiempo atrás a la ciudad de Santander, donde participaban activamente en numerosos negocios mercantiles e industriales. A Benito Corral lo encontraremos en los consejos de algunas de las sociedades que se formaron tras la pérdida de las colonias, como Minas Complemento, Minas de Liaño y especialmente Nueva Montaña, cuyos altos hornos se instalaron en unos terrenos de su propiedad

(CUETO, 2006, p. 55). José María González Trevilla, a su regreso de Cuba, participó activamente en la vida política de la provincia, llegando a ser alcalde de Santander, senador del reino y diputado provincial; en el mundo de los negocios destacó en el sector harinero gracias a sus dos fábricas de Torrelavega. Dámaso Aja había fraguado su fortuna en Cienfuegos, a su vuelta en 1894 compaginó su actividad política como diputado provincial con inversiones en los sectores emergentes de Santander: fue presidente de Minas de Herrera y de la Compañía Montañesa de Navegación y consejero del Banco Mercantil (CUETO, 2006, p. 60). Bonifacio Alonso, que pasó su juventud en Cuba, fue posteriormente uno de los fundadores de Minas de Herrera y de Coto Minero La Ciega, administrador de la sucursal del Banco de España y bajo la razón social Sucesor de Barquín Alonso poseía un almacén de coloniales y abonos (CUETO, 2006, p. 58).

Este Consejo de Administración, tras estudiar las siete propuestas recibidas para la instalación de la maqui-



naria necesaria para la nueva fábrica, firmó un contrato de suministro con Carion Delmotte, de Anzin⁸. La casa francesa se comprometía a tener en funcionamiento la fábrica a primeros de octubre del año siguiente, es decir, coincidiendo con las fechas de inicio de la zafra⁹. La inspección y dirección de los trabajos de construcción de la fábrica, el montaje de la maquinaria, dinamos, etcétera, fue encargado al ingeniero Francisco Mirapeix, que en esos momentos trabajaba en los Talleres de San Martín, de Santander, y ya gozaba de cierto prestigio nacional¹⁰. La maquinaria que se iba a montar permitiría la molienda diaria de 400 toneladas de remolacha, que, en una temporada de cien días, sumarían 40.000, de las que, teniendo en cuenta el rendimiento sacárico previsible, podría producir unas 4.000 de azúcar¹¹.

⁸ Esta empresa se había encargado recientemente de la transformación de una antigua harinera en La Nueva Azucarera de Zaragoza (BIEL, 2018, p. 172).

⁹ *La Atalaya*, 19 de diciembre de 1898.

¹⁰ *El Cantábrico*, 10 de enero de 1899.

¹¹ *El Cantábrico*, 11 de diciembre de 1898.

En la reunión fundacional González Trevilla había ofrecido su finca de Alisar en Torres, con sus dos fábricas harineras, para la instalación de la fábrica. Aunque seguramente se estudiaron otros lugares, finalmente el Consejo de Administración decidió adquirir un lote de poco más de cinco hectáreas de los terrenos ofrecidos por un precio de 48.000 pesetas¹² (Figura 1). Ese lugar tenía un importante carácter simbólico, por cuanto allí se instaló a finales del siglo XVIII el primer establecimiento que podemos considerar como fabril de Torrelavega, el de hilados del Duque del Infantado (SÁNCHEZ, 1995, p. 268).

La elección del emplazamiento era muy apropiada para una fábrica azucarera, por cuanto podía disponer de abundante agua, al situarse en la margen derecha del río Saja-Besaya, y podía conectarse fácilmente con la línea del Ferrocarril Cantábrico, que discurría por el sur de la finca. Un fácil acceso ferroviario resultaba muy interesante a la hora de abastecerse de la primera materia, por

¹² AHPC, Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 132.

cuanto podría recibir a un precio razonable la remolacha cultivada en toda la franja costera de la provincia, gracias a esta línea férrea y a la del Santander-Bilbao, e incluso interesar a algunas zonas del interior dada la proximidad a la línea del Ferrocarril del Norte; igualmente, cuando finalizara la prolongación de la línea del Cantábrico hasta Oviedo, podría obtener a un buen precio carbón asturiano. Asimismo, una buena infraestructura de transportes era básica para extender el cultivo de la remolacha en la región (DONOSO, 1912, 118).

Torrelavega era un «municipio fundamentalmente rural en la transición del siglo XIX al siglo XX» (NOGUÉS, 1987), que ejercía como centro comercial de la comarca gracias a la consolidación durante el siglo XIX de sus ferias quincenales de ganado y sus mercados semanales, en los que se abastecían los vecinos de los pueblos limítrofes. El municipio tenía una posición privilegiada en la provincia, por cuanto se había configurado como un importante nudo de comunicaciones, primero de los caminos carreteros y en la segunda mitad del siglo XIX de las líneas ferroviarias al ser atravesado de norte a sur por el Ferrocarril de Alar del Rey-Santander desde 1857 y de este a oeste por el Ferrocarril Cantábrico desde 1896. Fruto de ello, su población había crecido hasta alcanzar los 8.000 habitantes en 1900, que se dividían casi a partes iguales entre la capital y los núcleos rurales. Por tanto, una nueva instalación fabril como la azucarera podía disponer, por una parte, de abundante mano de obra próxima, y, por otra parte, una amplia extensión de terreno en donde sembrar la remolacha necesaria en su proceso productivo.

Sin embargo, para hacer realidad estas potencialidades era necesario convencer a los labradores sobre la rentabilidad económica del nuevo cultivo, y esta fue sin duda la labor más urgente que tuvo que asumir la Azucarera Montañesa en los primeros meses de 1899, aparte lógicamente de la construcción de la propia fábrica. La experiencia de este cultivo en Asturias habría de resultar positiva a la hora de captar labradores, dado que las condiciones climáticas y edáficas eran similares en ambas provincias. Asimismo, se consideraba pertinente aprovechar la precaria situación del campesinado para convencerles de que «los rendimientos que habría de reportarles la siembra de la remolacha serían muy superiores a los que les reporta la siembra de maíz, alubias, yerba y otros cultivos a los que hoy se dedican y teniendo en cuenta además que el de la remolacha exige menos gastos y no tan asiduos cuidados como la mayoría de aquellos»¹³.

¹³ *La Atalaya*, 11 de noviembre de 1898.

En los primeros días de 1899 la Azucarera Montañesa comenzó su campaña de propaganda con la publicación de un breve folleto titulado *Instrucciones para el cultivo de la remolacha en el actual año agrícola de 1899*¹⁴ para ser repartido entre los agricultores, en el que se explicaban de modo sencillo las labores y cuidados que exigía el nuevo cultivo, haciendo especial énfasis en que no eran mayores que los que demandaba el maíz, cultivo tradicional del terrazgo cántabro. No obstante, para vencer cualquier reticencia inicial era necesario convencer al campesinado desde el punto de vista económico. Por ello, durante el primer año la sociedad se comprometió a suministrar al labrador gratuitamente la semilla, los abonos químicos y, si fuera necesario, algún apero, garantizando un precio de compra equiparable al valor de la cosecha de maíz y alubias, simplemente con seguir las instrucciones recogidas en el citado folleto y a entregar la cosecha en las estaciones ferroviarias designadas por la empresa¹⁵. Estos contratos de cultivo estaban presentes en la industria azucarera desde que se instalaron las primeras fábricas en España, siguiendo una costumbre imperante en Europa¹⁶; para «romper con inercias y costumbres muy arraigadas en la mentalidad campesina» el cultivo se hacía bajo contrato, de manera que el campesino sabía que toda su producción iba a ser adquirida al precio pactado, por lo que le resultaría más rentable (BARAJA, 1994, pp. 50-51). Asimismo, la Azucarera se comprometió a entregar a los campesinos la pulpa que quedaba como residuo de la fabricación, que era un buen alimento para el ganado especialmente en los meses de invierno cuando escaseaban los pastos¹⁷.

A finales de marzo quedó cerrado el plazo para la admisión de contratos con la Azucarera para el cultivo de remolacha¹⁸, que se saldó positivamente por cuanto en la primera zafra se pudieron moler más de 10.000 toneladas de la raíz. Aunque era una cifra muy inferior a la capacidad productiva de la fábrica, se podía considerar esperanzadora dada la premura de tiempo a la hora de hacer los contratos con los campesinos al tratarse del primer año de actividad. Para la labor de difusión y propaganda jugaron un destacado papel los técnicos que la Azucarera

¹⁴ Reproducido en *El Cantábrico*, 16 de enero de 1899 y 17 de enero de 1899.

¹⁵ *El Aviso*, 14 de enero de 1899. La Azucarera tuvo un papel destacado en la introducción de abonos artificiales, que hasta entonces no se empleaban en Cantabria, para potenciar el cultivo de la remolacha; por ejemplo, en 1902 importaron 500 toneladas de superfosfatos para repartir entre los labradores (DE LA PUENTE, 1992, p. 280).

¹⁶ López-Trigo conoció este modelo en sus viajes por el continente y lo aplicó en su fábrica granadina de Cúllar Vega en 1884 (MARRÓN, 2011, p. 112).

¹⁷ *La Atalaya*, 25 de enero de 1899.

¹⁸ *La Atalaya*, 21 de marzo de 1899.



FIG. 2. Azucarera Montañesa, ca. 1900. Fuente: AMT, IMAG0060, BUE Álbum 01, 055.

dispuso para la vigilancia de la siembra y los trabajos subsiguientes, según se indicaba en el citado folleto¹⁹.

Por otra parte, el 22 de enero comenzaron las obras de construcción de la fábrica bajo la responsabilidad de los contratistas santanderinos Presmanes y Pontón. Aunque los trabajos avanzaban a buen ritmo, los plazos inicialmente previstos se fueron dilatando, de manera que hasta octubre no se pudo proceder a la instalación de la maquinaria, lo que generó una gran incertidumbre en la ciudad de Torrelavega, por cuanto se estimaba que no sería posible trabajar en la zafra de 1899²⁰. Finalmente, las dudas se disiparon, y el 4 de diciembre la fábrica fue inaugurada y bendecida con la presencia de las autoridades civiles, militares y religiosas de la provincia junto a los miembros del Consejo de Administración de la sociedad²¹ (Figura 2). Cinco días más tarde, casi al cabo de un año de la constitución de la Azucarera Montañesa, se recibía la primera muestra de azúcar salida de la fábrica²².

La fábrica (Figura 3) constaba de un edificio principal, donde se desarrollaba el proceso productivo compuesto de tres cuerpos o compartimentos llamados de difusión, torre de filtros y casa de azúcar²³. La remolacha acopiada en los silos del recinto fabril que había sido previamente

pesada, bien en las básculas del centro de recepción, bien en la propia fábrica, era conducida por medio de un canal y ayudada por la acción del agua hasta el edificio principal. Aquí se iniciaba el proceso productivo propiamente dicho con el lavado de la raíz para la eliminación de impurezas como tierras y pequeñas piedras²⁴. Una vez lavada se procedía a su trituración; por medio de molinos cortaraíces la remolacha era reducida a delgadas y alargadas tiras. El siguiente paso era la extracción del jugo mediante la difusión, que consistía en su cocción a una temperatura entre 65 y 75 grados para extraer el azúcar contenido en el interior de las células de remolacha. En este punto se obtenía la pulpa que, debidamente secada, podía pasar al almacén para su envasado y puesta en el mercado, preferentemente para alimentación del ganado. Seguidamente se procedía al tratamiento del jugo por la acción de la cal (defecación), para neutralizar los ácidos y coagular las albúminas, y el ácido carbónico (saturación o carbonatación), que finalizaba la depuración. Posteriormente el jugo se sometía a una filtración haciéndolo pasar a través de negro animal. El siguiente paso era la evaporación del jugo para que el jarabe resultante perdiera un 70 u 80 % de su agua, que se conseguía en unos aparatos denominados *tachas*. Seguidamente el jarabe se cocía para consumir la cristalización lenta mediante reposo o hasta el punto de cristalizar en la misma caldera. Mediante centrifugación se realizaba la separación del azúcar cristalizado, obteniéndose en el proceso las diferentes calidades de azúcar y como subproducto la melaza, empleada corrientemente para la elaboración de alcohol industrial o levadura. Am-

¹⁹ *El Correo de Cantabria*, 6 de diciembre de 1899.

²⁰ *El Cantábrico*, 25 de octubre de 1899.

²¹ *La Atalaya*, 5 de diciembre de 1899.

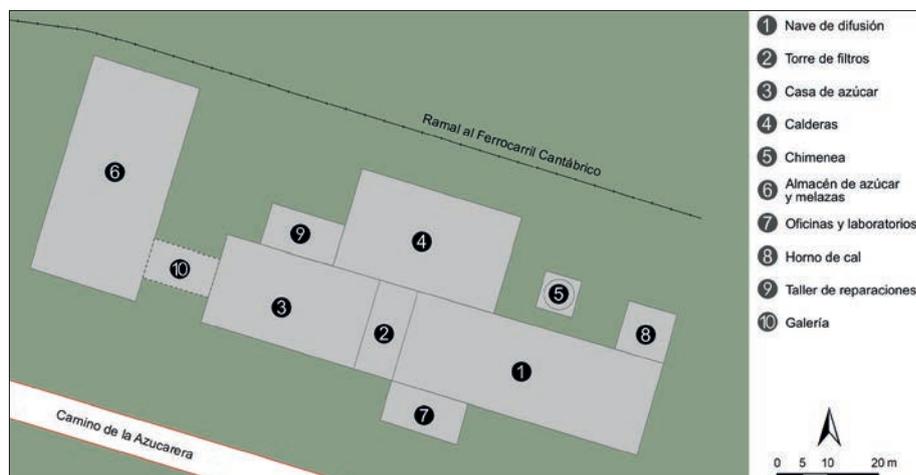
²² *El Cantábrico*, 10 de diciembre de 1899. «¡La boca amarga de los pesimistas de hace un año, puede ya endulzarse con el suave y exquisito azúcar en la Azucarera Montañesa elaborado!», *La Atalaya*, 6 de diciembre de 1899.

²³ Para la descripción de la fábrica nos basamos en *AHPM*, Notario Bruno Pascual Ruilópez, Protocolo 42542, Número 247, debido a que en los archivos municipales y regionales no se ha conservado documentación relativa al proyecto o al expediente de construcción de la fábrica, como tampoco conocemos el destino del archivo de la empresa.

²⁴ *La Producción Montañesa*, 26 de noviembre de 1903.

FIG. 3. Plano de instalaciones de la Azucarera Montañesa en 1903.

Fuente: elaboración propia y Valentín Castillo Salcines a partir de AHPM, Protocolo 42542, núm. 247, sobre la base cartográfica PNOA 2017.



bos productos se llevaban finalmente hasta los almacenes por medio de una galería que comunicaba con el edificio principal. El azúcar se presentaba en el mercado en calidades diferentes que eran conocidas como Pilé grueso, Pilé fino, granulados G1, G2 y GF, y centrifugas 1.^a y 2.^a²⁵.

Adosados al edificio principal estaban los de calderas²⁶, con chimenea y conductor de humos, el horno de cal, las oficinas y laboratorios y el taller de reparaciones. En un edificio exento se ubicaba el almacén de azúcar y melazas unido al principal, como indicamos, por medio de una galería. Asimismo, dentro de la finca se edificaron otras construcciones anejas, como los silos para la remolacha, un calero auxiliar, un pozo de aguas potables, los depósitos de pulpas, la báscula, tres puentes para vagones ferroviarios y carros, así como las vías y apartaderos que comunicaban la fábrica con la línea del Ferrocarril Cantábrico. En Torrelavega no fue necesaria la construcción de viviendas para directivos y obreros de la fábrica, como era habitual en otras azucareras españolas, debido a que, entendemos, el personal no tenía dificultad para encontrar alojamiento en el núcleo urbano próximo.

III. LAS PRIMERAS ZAFRAS

Antes de la inauguración oficial de la fábrica, sus almacenes ya acopiaban grandes cantidades de remolacha

²⁵ Para conocer con detalle este proceso puede consultarse FUERTES (1902, p. 425) y más detalladamente SÁNCHEZ SÁNCHEZ (2014, pp. 50-51) y CANDELA, CASTILLO y LÓPEZ (2002, pp. 103-105).

²⁶ En esta nave estaban instaladas seis calderas construidas por La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona (*La Atalaya*, 5 de diciembre de 1899), que recientemente había terminado una instalación similar en la azucarera de Lieres (QUIROSA, 2018, p. 326).

desde que el 12 de noviembre llegaron las primeras partidas procedentes de la estación de Beranga²⁷. La actividad en los depósitos establecidos por la Azucarera en diferentes estaciones ferroviarias de la provincia y en las básculas de la propia fábrica fue frenética en esas semanas previas para poder tener a punto toda la materia prima necesaria para el momento en que comenzara la molienda²⁸.

No obstante, no todo era positivo en torno a la nueva fábrica: algunos agricultores no se encontraban tan satisfechos, tal como manifestaron en una reunión celebrada en Vioño de Piélagos el 6 de enero del año entrante²⁹. Sus principales quejas se centraban en las malas condiciones en que se había realizado la siembra y especialmente la recolección, que se retrasó por las obras de la fábrica y que ocasionó «notables perjuicios para el desarrollo y peso de la raíz». Asimismo, denunciaban el escaso rendimiento que les había supuesto la sustitución del maíz y las alubias por la remolacha y, entre otros asuntos, el retraso de la empresa a la hora de realizar los pagos.

Por tanto, no resultaba extraño que los campesinos se mostraran reacios a continuar con el cultivo de la remolacha para una nueva campaña, especialmente cuando se empezaron a recibir noticias desde Asturias referidas a los remuneradores precios y ventajosas condiciones que ofrecían allí las empresas azucareras. Como respuesta a estas inquietudes, la Azucarera Montañesa publicó un escrito en la prensa local desmintiendo la información y manifestando que pagaban el mismo precio que en Asturias, sin ningún descuento por abono o semillas como ha-

²⁷ *El Correo de Cantabria*, 13 de noviembre de 1899.

²⁸ *El Cantábrico*, 24 de noviembre de 1899 y 1 de diciembre de 1899.

²⁹ *La Atalaya*, 12 de enero de 1900.

CUADRO I. *Producción de la Azucarera Montañesa, 1899-1919*

Campaña	Remolacha entrada en fábrica, kg	Producción de azúcar, kg	Rendimiento sacárico
1899-1900	10.706.036	900.044	8,41
1900-1901	19.990.718	1.776.208	8,89
1901-1902	11.326.692	1.186.254	10,47
1902-1903	13.954.774	1.544.926	11,07
1903-1904	12.639.617	1.510.061	11,95
1904-1905	10.401.495	1.291.971	12,42
1905-1906	10.987.878	1.096.436	9,98
1906-1907	8.739.680	1.164.855	13,33
1907-1908	18.499.574	1.966.211	10,63
1908-1909	18.042.991	1.637.552	9,08
1909-1910	1.092.283	402.900	36,89
1910-1911	626.687	123.892	19,77
1911-1912	5.466.108	486.798	8,91
1912-1913	14.234.293	1.850.988	13,00
1913-1914	13.831.524	1.423.334	10,29
1914-1915	0	0	0,00
1915-1916	0	0	0,00
1916-1917	12.114.439	1.315.468	10,86
1917-1918	6.318.840	732.567	11,59
1918-1919	3.297.584	316.039	9,58

Fuente: Dirección General de Aduanas: *Producción y circulación de azúcares, achicoria y alcohol industrial (1899-1919)*.

cían en la vecina provincia³⁰. La compañía santanderina contaba con la ventaja que le proporcionaba su monopolio a escala provincial, por cuanto en la zona occidental no había depósitos establecidos por las fábricas asturianas, ni siquiera la de Villaviciosa, lo que podría haber sido una significativa competencia³¹.

Pese a estas reticencias, la segunda campaña fue muy fructífera, tal como avanzaba la empresa en abril, un mes antes del cierre de admisiones de contratos, indicando que habían conseguido contratar 40.000 carros de tierra de labradores locales y 13.000 con labradores palentinos³². Como resultado, se recibieron casi 20.000 toneladas de remolacha en la fábrica torrelaveguense, con las que se pudieron producir 1.776 toneladas de azúcar (Cuadro I).

No obstante, en las campañas posteriores la remolacha recibida se redujo notablemente, en algunos casos porque los campesinos que dedicaban sus tierras a la remolacha en comarcas alejadas, como la zona occidental de Cantabria, abandonaron el cultivo debido al elevado

precio de su transporte por mar al no estar concluida la prolongación hacia Asturias del Ferrocarril Cantábrico. Se estimaba que, pese a todo, en Cantabria había más de 3.000 cultivadores de remolacha, que se localizaban fundamentalmente en la zona costera próxima a Torrelavega, especialmente en el pueblo de Oreña, en Santa Cruz de Bezana, favorecido por su proximidad al ferrocarril, y la zona de Trasmiera, en los alrededores del núcleo de Beranga, aparte lógicamente del propio entorno de la fábrica (Figura 4). Por tanto, el cambio de cultivo había empezado a funcionar en la región, si bien aún la superficie contratada todavía era bastante reducida y territorialmente muy concentrada. No obstante, se lamentaba que tan solo una tercera parte de los agricultores dominara el cultivo, por lo que no podían obtener unos buenos beneficios económicos que podrían invertir, por ejemplo, en la ampliación de su cabaña ganadera³³.

Cuando la Azucarera Montañesa realizó la primera zafra en 1899 había en España 24 fábricas remolacheras, de las que nueve habían nacido en el último año, dos

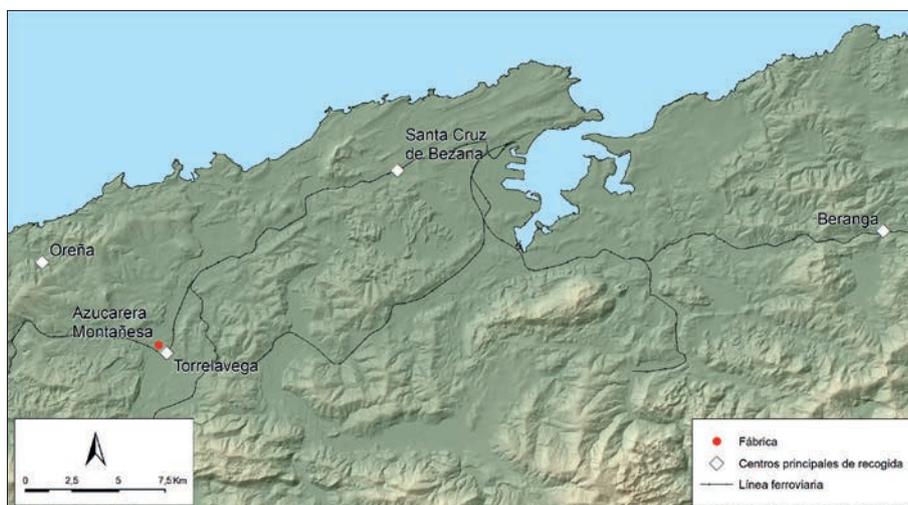
³⁰ *El Cantábrico*, 21 de febrero de 1900.

³¹ *La Atalaya*, 22 de enero de 1900.

³² *El Correo de Cantabria*, 20 de abril de 1900.

³³ *La Producción Montañesa*, 19 de noviembre de 1903.

FIG. 4. Puntos de recogida de remolacha para la Azucarera Montañesa. Fuente: elaboración propia y Valentín Castillo Salcines a partir de datos del IGN-CNIG y del Gobierno de Cantabria disponibles de forma gratuita en < <http://mapas.cantabria.es>>.



años más tarde el número se había duplicado, de manera que la zafra de 1901-1902 fue realizada por 47 fábricas (Figura 5), dado que una ya había cerrado (DONOSO, 1912)³⁴. Tras la pérdida de las colonias se había iniciado «una atolondrada carrera por la instalación de fábricas allí donde existiera una mínima potencialidad de producción de remolacha, y una infraestructura suficiente para el transporte de materia prima, carbón y productos finales» sin ningún control administrativo (BARAJA, 1994, p. 60). La capacidad de molturación de las azucareras españolas, incluidas las de caña, era de casi 200.000 toneladas, más del doble de las necesidades del consumo nacional (MARTÍN, 1987, p. 302), que incluso se estaba retrayendo por su alto precio, motivado principalmente por la competencia creada entre las fábricas para abastecerse de la materia prima y los altos impuestos que gravaban al producto. En definitiva, se creó una crisis de superproducción a la que, por los elevados costes y el bajo rendimiento industrial de las fábricas, no se podía dar salida en los mercados internacionales (BARAJA, 1994, pp. 72-73).

Asimismo, muchas de las empresas creadas en esta vorágine se encontraban en una delicada situación financiera, dado que la instalación de una azucarera exigía una inversión cuantiosa y se había movilizado un exceso de capital. Sirva como ejemplo que la propia Azucarera Montañesa tuvo que emitir dos millones de pesetas en

obligaciones en julio de 1901 para dotar de liquidez a la sociedad³⁵.

IV. DISOLUCIÓN E INTEGRACIÓN EN LA SOCIEDAD GENERAL AZUCARERA

Para reestructurar el sector azucarero se constituyó en julio de 1903, «apadrinada por un grupo de financieros próximo a la gran banca del país y por una parte de los productores de azúcar de caña y de remolacha», la Sociedad General Azucarera de España³⁶. El objetivo era agrupar las fábricas del sector en una única empresa que al menos acaparara el 90 % de la producción nacional, lo que eliminaría la competencia e introduciría cierta racionalidad en la producción de cada una de ellas (BARAJA, 1994, p. 75). Se trataba en definitiva de crear un trust que monopolizara la producción de azúcar en España; ello obligaría al cierre de las fábricas menos rentables y obsoletas, a la redistribución de la producción y a intentar la exportación de azúcar, para lo que contaría con el apoyo gubernamental (MARTÍNEZ y ROSADO, 2017, p. 2). La Azucarera Montañesa sería una de las sociedades firmantes de la constitución del trust.

Sin embargo, los resultados no fueron los esperados. No se consiguió monopolizar el sector, pese a controlar a 46 de las 57 fábricas existentes, y muy pronto surgie-

³⁴ Cantabria pudo disponer de otra azucarera más si la burocracia no hubiera dilatado el plan previsto por José María Pombo Labat y Manuel Casuso Hoyo. En 1899, el segundo había presentado un proyecto de desecación de una marisma en San Vicente de la Barquera para destinarla al cultivo de remolacha y la construcción de una fábrica para trabajar la producción obtenida. El retraso en las obras obligó al abandono del proyecto (GUTIÉRREZ, 2015).

³⁵ *La Atalaya*, 21 de agosto de 1901.

³⁶ Los detalles de su constitución pueden consultarse en *AHPM*, Notario Bruno Pascual Ruilópez, Protocolo 41214, Número 444. Anteriormente se habían producido otros intentos de asociación para controlar el mercado, como la propuesta de creación de un sindicato de productores de azúcar en 1900 o la de una sociedad cooperativa de fabricantes dos años más tarde (JIMÉNEZ, 1986, p. 733).



FIG. 5. Fábricas de azúcar de remolacha activas en España en la zafra 1901-1902. Fuente: elaboración propia a partir de Dirección General de aduanas: *Producción y circulación de azúcares, achicoria y alcohol industrial en el segundo trimestre de 1902*, Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid. Agradezco el apoyo de Olga de Cos Guerra en la elaboración del mapa.

ron empresas independientes en el mercado, por lo que evidentemente no se logró eliminar la competencia. Financieramente fue un fracaso, por cuanto no se planteó una fusión de las empresas existentes, sino la compra de su patrimonio por parte de una nueva empresa, que se vio obligada a acudir a fuertes empréstitos que hipotecaron su futuro (MARTÍN, 1987, p. 303); el gasto fue excesivo, dado que se estableció una alta valoración de las fábricas independientemente de su situación previa y su rentabilidad (MARTÍNEZ y ROSADO, 2017, p. 8).

La constitución del trust azucarero se vio con mucho recelo, como era previsible, en la opinión pública de Cantabria, por cuanto circulaba el rumor de que tenía la intención de dejar activas tan solo las fábricas andaluzas y aragonesas, que eran las que obtenían una mayor producción y unos mejores rendimientos³⁷. El cultivo de remolacha se encontraba muy extendido en ambas regiones y, como se indicaba en la prensa local, sin necesidad de hacer propaganda conseguían en apenas dos semanas contratar las toneladas de remolacha necesaria para sus fábricas, mientras que en Cantabria había que suplicar a los labradores³⁸. Estos argumentaban que los beneficios se reducían considerablemente porque, por una parte, los propietarios de las tierras subían la renta a los cultivadores de remolacha por las expectativas económicas crea-

das, y, por otra parte, la fábrica realizaba unos descuentos que consideraban arbitrarios por tierras, raíces y taras de los carros³⁹. La fábrica de Torrelavega no era la única del norte de España que tenía dificultades de abastecimiento, por cuanto este problema también se detectaba en las fábricas gallegas de Portas y Padrón y en la asturiana de Lieres (QUIROSA, 2018)⁴⁰.

En Junta General Extraordinaria de 14 de marzo de 1903 los accionistas de la Azucarera Montañesa autorizaron aportar la fábrica a la Sociedad General Azucarera, que fue entregada oficialmente el 20 de abril de 1904 ante el notario de Madrid Bruno Pascual Ruilópez⁴¹. Dado que la sociedad no tenía razón de ser tras haber traspasado su única fábrica, en Junta General Extraordinaria de 4 de julio de 1904 se acordó su disolución. Los accionistas de la Azucarera Montañesa canjearon sus acciones por 4.000 de la Sociedad General Azucarera y se repartieron el efectivo en metálico que quedaba en caja una vez satisfechas las deudas, lo que supuso para ellos una pérdida de capital en la liquidación de algo más de 700.000 pesetas. El acuerdo fue elevado a escritura pública el 3 de abril de 1905 ante el notario de Santander Manuel Alipio López⁴².

El anuncio a finales de 1903 de que la Sociedad General Azucarera no tenía intención de cerrar inmediatamente la fábrica, si bien iba a congelar los precios de la remolacha, no sirvió para calmar a la opinión pública, por cuanto se veía con gran preocupación la decisión de cierre de muchas fábricas propiedad del trust para la siguiente campaña⁴³. Las condiciones impuestas a la fábrica torrelaveguense eran de difícil cumplimiento, porque, por ejemplo, para abaratar los costes de fabricación, el trust prescindía de la remolacha transportada por los ferrocarriles de Santander a Bilbao y de Astillero a Onta-

³⁹ *La Producción Montañesa*, 11 de agosto de 1904.

⁴⁰ La falta de materia prima certificaría su temprano cierre: la fábrica de Portas lo hizo en 1903, la de Padrón al año siguiente y la de Lieres en 1908, sin haber alcanzado ni de lejos su capacidad de producción. Incluso, alguna fábrica de otras zonas más proclives para el cultivo de la remolacha tuvo dificultades similares en los primeros años, como la de La Poveda en Arganda de Rey (ROMERO, 2018, p. 295).

⁴¹ *AHPM*, Notario Bruno Pascual Ruilópez, Protocolo 42542, Número 247.

⁴² *AHPC*, Protocolos Notariales, Notario Manuel Alipio López, Legajo 6569, número 241. En la Junta extraordinaria en la que se acordó su disolución estaban representadas 3.500 de las 5.000 acciones de la sociedad. En ese momento la familia Yllera era accionista mayoritario al poseer 880 acciones (725 de Guillermo y 155 de César); la familia Gándara tenía 451 (244 de Laureano y 217 de Alejandro); el industrial José María Quijano, 253; los Señores Roiz, Viesca y Compañía, 189; con más de 100 acciones figuraban algunos de los consejeros de la sociedad y otros como Antonio Berasategui y varios miembros de la familia López Dóriga.

⁴³ Para 1904 la Sociedad General Azucarera había cerrado una veintena de fábricas, con un gran desembolso de capital y sin haber conseguido los objetivos de reducción de la producción y del *stock* acumulado (SÁNCHEZ SANCHEZ, 2018, p. 69).

³⁷ *El Cantábrico*, 14 de junio de 1903.

³⁸ *La Producción Montañesa*, 7 de enero de 1904.

neda por sus elevadas tarifas⁴⁴, y se exigía la contratación de 26.000 carros de tierra para la siembra de remolacha, que eran imposibles de obtener sin el concurso de aquellas comarcas más alejadas de la fábrica⁴⁵.

En abril de 1904 tres ingenieros de la Sociedad General Azucarera se hicieron cargo de la dirección de la fábrica de Torrelavega. Sus primeros informes revelaron las carencias que esta tenía, incidiendo especialmente en la escasez de remolacha recibida en la fábrica por la falta de campesinos contratados y las escasas básculas de recepción que había en la fábrica, entendiéndose que esta estaba «mal montada»⁴⁶. Para desgracia de la fábrica no consideraban sus ventajas de situación con respecto a las infraestructuras ferroviarias y portuarias y al interesante mercado de la ciudad de Santander, aparte del plus que suponía la venta de la pulpa para alimento del ganado, que reportaba unos beneficios que no se podían obtener en otras fábricas⁴⁷. La prensa local consideraba que el trust llevaba a cabo «una conducta artera y desleal», porque en realidad su pretensión era el cierre de la fábrica, aunque lo hacía por «medios insidiosos»⁴⁸.

Los rumores de cierre que circulaban por la provincia hicieron que algunos campesinos decidieran arrancar la remolacha y sembrar maíz en sus fincas⁴⁹; pese a ello, la fábrica torrelaveguense pudo remitir en febrero a la dirección de la Sociedad General Azucarera los contratos en firme para la siguiente campaña por un total de 26.500 carros de tierra, algo más de lo que exigía el trust para la molienda de 1904⁵⁰. Esos contratos no consiguieron disipar las dudas que tenía la nueva dirección sobre el futuro de la fábrica. El problema no residía seguramente en la calidad y eficiencia de las instalaciones fabriles, sino en la estructural falta de tierras de cultivo de remolacha, por cuanto Cantabria era la provincia «que menor superficie de terreno tiene contratada», pese a que el precio pagado era el máximo fijado por la Sociedad para casi todas las fábricas de España, lo que obviamente mediatizaba su futuro si la situación se mantenía durante las siguientes zafas⁵¹.

Las tres primeras campañas bajo la dirección de la Sociedad General Azucarera fueron desesperanzadoras, no solo no consiguieron reactivar el cultivo de remolacha

en la región, sino que incluso la producción se redujo con respecto a los primeros años. La fábrica tan solo molía unas 10.000 toneladas anuales, de manera que la producción de azúcar apenas podía superar las 1.000 toneladas (Cuadro I). Ni siquiera la apertura del Ferrocarril Cantábrico hasta Llanes, que se esperaba pudiera ampliar la superficie de cultivo incorporando las tierras de Unquera y San Vicente de la Barquera que se habían dedicado a la remolacha en los primeros años, revertió la tendencia decreciente⁵².

El estado de incertidumbre sobre el futuro de la fábrica continuaba, pese a que las campañas de 1907-1908 y 1908-1909 se molieron más de 18.000 toneladas anuales, más del doble que en las precedentes, y gracias a su buen rendimiento casi se pudieron producir 2.000 toneladas de azúcar en la primera de ellas (Cuadro I). Probablemente este incremento se debía al efecto de la Ley de 3 de agosto de 1907, conocida como Ley Osma: por primera vez la Administración intervenía en el sector intentando que la crisis no se agravase con medidas como el aumento del impuesto interior y la regulación de la instalación de nuevas fábricas azucareras (JIMÉNEZ, 1986, pp. 739-740).

V. RUMORES Y ANUNCIOS DE CIERRE, HASTA EL DEFINITIVO

A comienzos de 1909 la Sociedad General Azucarera tomó la decisión de reducir la producción de azúcar en España. Pese a que desde su constitución el trust había cerrado varias fábricas, la capacidad productiva de las que permanecían activas excedía con creces las necesidades del mercado, estimándose que todavía se producía el doble de lo que admitía la demanda. Por tanto, el *stock* de azúcar en los almacenes de la sociedad era muy considerable y era necesario amortizarlo. Ante este panorama la sociedad optó por reducir la producción en un gran número de fábricas, especialmente las del norte y centro del país, las menos productivas, e incluso alguna de Aragón⁵³. Aunque las dos últimas zafas habían sido aceptables, la fábrica de Torrelavega continuaba lejos de aproximarse a su máxima capacidad productiva, lo que no aseguraba su viabilidad, debido a la escasa cantidad de remolacha cultivada, agravada por su menor riqueza sacárica en comparación con la obtenida en otras provincias⁵⁴.

⁴⁴ *La Producción Montañesa*, 21 de enero de 1904.

⁴⁵ *La Producción Montañesa*, 4 de febrero de 1904.

⁴⁶ *La Atalaya*, 8 de abril de 1904.

⁴⁷ *La Atalaya*, 21 de mayo de 1904.

⁴⁸ *La Producción Montañesa*, 19 de mayo de 1904.

⁴⁹ *El Cantábrico*, 31 de mayo de 1904.

⁵⁰ *El Cantábrico*, 23 de febrero de 1904.

⁵¹ *La Producción Montañesa*, 2 de junio de 1904.

⁵² *La Producción Montañesa*, 11 de febrero de 1904.

⁵³ *La Atalaya*, 9 de febrero de 1909.

⁵⁴ *El Cantábrico*, 1 de noviembre de 1909.

Seguramente para desanimar a los agricultores, y de esta manera reducir el cultivo de remolacha, los precios ofrecidos para la siguiente campaña fueron muy bajos. El efecto fue la reducción inmediata «de modo considerable del número de carros de tierra dedicados en la Montaña a este cultivo», lo que obligaba a los campesinos a buscar otra alternativa productiva, especialmente a aquellos que se habían endeudado en los años precedentes para llevar a cabo roturaciones o adquirir nuevas tierras con la certeza de obtener unos ingresos fijos anuales por sus cosechas⁵⁵. Colateralmente el sector ganadero se vio afectado por esta medida, por cuanto se reducía la pulpa para alimentar al ganado, que, por ejemplo, en el año anterior había ascendido a 7.000 toneladas, con la consiguiente necesidad de abastecerse de forrajes más caros en el mercado.

Las instituciones locales y provinciales, en vista de la grave situación que se presentaba para la economía local, decidieron tomar cartas en el asunto e instaron a la Sociedad General Azucarera para que reconsiderara su postura. La Cámara de Comercio de Torrelavega, el Ayuntamiento de la ciudad y los diputados provinciales en las Cortes fueron los más activos en este sentido. Aunque su argumentario era muy variado, incidían sobre todo en el enorme perjuicio que se ocasionaba al sector primario local y que la producción de la fábrica torrelaveguense apenas alcanzaba para el consumo de la provincia, por lo que más que reducirla lo más apropiado sería aumentarla⁵⁶. Las Administraciones también trataron directamente con los agricultores para que, en vista de que uno de los argumentos esgrimidos era la menor riqueza de la remolacha cultivada en Cantabria, consideraran la posibilidad de rebajar el precio de los contratos. Aunque el alcalde de Torrelavega consiguió que los campesinos redujeran de 40 a 35 pesetas el precio por tonelada puesta en fábrica, la Sociedad General Azucarera no lo tuvo en consideración⁵⁷.

Las tres campañas siguientes tras la orden de reducción de la producción azucarera fueron nefastas, como era de esperar, ya que en conjunto apenas pudo producir 1.000 toneladas de azúcar (Cuadro I). Pese a que los precios fueron mejorando y, por tanto, el margen de beneficio obtenido por el agricultor, la realidad era que paulatinamente las tierras en la provincia dedicadas al cultivo de la remolacha se iban reduciendo. La percepción de que más pronto que tarde la fábrica acabaría cerrando

iba calando entre el campesinado y, en general, en la sociedad cántabra.

Los peores augurios se plasmaron en los primeros días de 1914 cuando el Consejo de Administración de la Sociedad General Azucarera anunció la clausura de la fábrica de Torrelavega. El año anterior había accedido a la presidencia Joaquín Sánchez de Toca con un programa claro: reducción del precio de la materia prima y, por tanto, de los gastos de fabricación, desgravación del impuesto y regulación de la producción y del mercado interior (CEBALLOS, 1914, p. 60), lo que implicaba un reajuste de la capacidad instalada, que sucedía en un momento en que la fábrica torrelaveguense no había conseguido aliviar sus problemas estructurales. La situación no había mejorado lo suficiente en el último lustro, pese a un apreciable aumento de la producción (Cuadro I). El cultivo de la remolacha continuaba siendo escaso, de manera que, aunque en las campañas de 1912-1913 y 1913-1914 entraron en la fábrica más 13.000 toneladas anuales de tubérculo, se consideraba que era una «cantidad insuficiente si se tiene en cuenta la escasa riqueza de la misma en la Montaña y lo caro que resulta aquí su fabricación», que no llegaba a «remunerar los gastos que ocasiona la extracción del azúcar»⁵⁸. Se estimaba que para un normal funcionamiento de la fábrica se requerían al menos 25.000 toneladas anuales de remolacha.

El anuncio del cierre definitivo de la fábrica, seguramente esperado dado que otras fábricas habían entrado en una senda positiva al contrario que la de Torrelavega, alarmó a la opinión pública. La prensa retomaba los argumentos esgrimidos en la anterior crisis, como el enorme perjuicio que supondría para la provincia, centrándose especialmente en el sector primario, ya que en pocas ocasiones se hacía mención a los obreros empleados en la fábrica, los otros grandes damnificados. Probablemente estos podrían encontrar con facilidad empleo en la incipiente industria de Torrelavega, por cuanto apenas seis años antes había abierto sus puertas la fábrica de Solvay en Barreda. Por el contrario, para los agricultores y ganaderos el futuro era más incierto, los primeros por carecer de los ingresos proporcionados por la remolacha y la dificultad para encontrar un cultivo alternativo rentable, y los segundos por la imposibilidad de disponer de la pulpa como forraje para el ganado⁵⁹. La prensa destacaba de nuevo los factores positivos de la fábrica de Torrelavega como su excelente comunicación ferroviaria, el amplio

⁵⁵ *El Cantábrico*, 16 de febrero de 1909.

⁵⁶ *La Atalaya*, 17 de febrero de 1909.

⁵⁷ *Revista Cántabra*, 14 de noviembre de 1909.

⁵⁸ *El Cantábrico*, 17 de enero de 1914.

⁵⁹ *El Cantábrico*, 17 de enero de 1914.

mercado local o la facilidad para abastecerse de carbón⁶⁰, pero la realidad era que no se había conseguido aumentar la producción ni ampliar la zona de cultivo que se limitaba a dos zonas, la occidental en torno a la estación de Oreña y la oriental en la de Beranga, aparte de la propia comarca de Torrelavega (Figura 3).

De nuevo los diputados provinciales intercedieron ante la dirección del trust, pero la labor de Juan José Ruano de la Sota y el conde de Torreanaz Ramón Fernández García resultó estéril. Se consideraba que la fábrica de Torrelavega era deficitaria y tan solo podrían plantear su reapertura con un considerable abaratamiento de los precios⁶¹. Esta oferta, que anteriormente no se había presentado, no fue suficiente para que pudiera reanudarse la producción durante la siguiente campaña.

No obstante, las negociaciones continuaron e incluso se intensificaron en el momento que se tuvo conocimiento de que la fábrica de Villaviciosa, que había cerrado por las mismas razones que la de Torrelavega, tenía previsto reabrirse para la campaña de 1915-1916 gracias a la intermediación del diputado asturiano Melquiades Álvarez⁶². Se entendía que si esta volvía a la actividad lo debía hacer también la de Torrelavega, cuya localización era más idónea, ya que la asturiana estaba más alejada de las líneas ferroviarias y su radio de acción colisionaba con la fábrica de Lieres y, por tanto, la superficie de cultivo era inferior a la que podía ofrecer la cántabra⁶³.

Las gestiones no cayeron en saco roto, de manera que en los primeros días de 1915 se presentaron en el Ayuntamiento de Torrelavega las bases para la contratación en la fábrica propuestas por la Sociedad General Azucarera que incidían en el viejo asunto de la falta de materia prima. Para su reapertura en la siguiente campaña era necesario que se contrataran al menos 1.000 hectáreas, es decir unos 56.000 carros de tierra, por las que se pagaría a 35 pesetas la tonelada en fábrica y en estaciones próximas en las que el transporte fuera inferior a cuatro pesetas⁶⁴. Casi de inmediato se convocó una reunión por iniciativa del alcalde de Torrelavega que congregó a siete homólogos de otros tantos ayuntamientos próximos para darles a conocer las condiciones de la empresa⁶⁵. Aunque

en el transcurso de la reunión hubo algún ofrecimiento de terrenos para la siembra de remolacha, no parece que las gestiones posteriores dieran resultado positivo, ni en cuanto a la disponibilidad de los terrenos requeridos, ni en las negociaciones con las compañías ferroviarias para que rebajaran sus tarifas. El previsible y no deseado resultado fue que para la siguiente campaña la fábrica continuaría cerrada.

Tal vez la respuesta de los campesinos no fuera muy desalentadora, por cuanto a finales de 1915 se anunciaba que la Sociedad General Azucarera había decidido reanudar el trabajo en Torrelavega para la siguiente campaña y se proponía pagar un precio superior al ofertado en las anteriores, llegando a las 40 pesetas por tonelada en fábrica, y reduciendo sus exigencias en cuanto a superficie de cultivo, que se limitaban al ofrecimiento de 20.000 toneladas de remolacha⁶⁶.

Lógicamente la propuesta fue muy bien acogida por los campesinos, muchos de los cuales se mostraban decididos a volver al cultivo de la remolacha azucarera. Así, el 22 de noviembre de 1916 la fábrica, tras dos campañas cerrada, volvió a funcionar con más de 200 obreros empleados en sus labores⁶⁷. A finales de enero se daba por concluida la campaña, pese a que en algunos momentos la fábrica estuvo parada por falta de materia prima motivada por la falta de transportes⁶⁸, con una aceptable producción, aunque tan solo se habían recibido en la fábrica 12.000 toneladas de remolacha, con las que se produjeron 1.315 toneladas de azúcar (Cuadro I).

Terminada la campaña, la dirección de la Sociedad General Azucarera comenzó a hacer las contrataciones para la siguiente, con un aumento en precio de la remolacha de hasta 50 pesetas por tonelada puesta en fábrica con el fin de paliar el alza en los precios de los abonos que empleaban los campesinos⁶⁹. Sorprendentemente la respuesta de los cultivadores no fue la esperada, de manera que en plena campaña de contrataciones empezó a circular el rumor de que la fábrica no abriría a finales de año por la falta de materia prima⁷⁰. Los altos precios que se pagaban por el maíz en aquel momento no animaban a los campesinos a continuar con el cultivo de remolacha⁷¹.

Aunque finalmente se realizó la campaña 1917-1918, la falta de materia prima fue muy evidente, ya que tan solo se molieron 6.000 toneladas de remolacha, que, a su

⁶⁰ *La Atalaya*, 27 de enero de 1914.

⁶¹ *La Atalaya*, 27 de enero de 1914. «Se ha echado mano de los personales políticos; las personas prestigiosas están poniendo en juego sus influencias y amistades íntimas; las fuerzas vivas de la población trabajan con ahínco; pero todo esto aun no es lo suficiente», *El Cantábrico*, 7 de diciembre de 1914.

⁶² *El Cantábrico*, 7 de diciembre de 1914.

⁶³ *La Atalaya*, 8 de diciembre de 1914.

⁶⁴ *La Atalaya*, 9 de enero de 1915.

⁶⁵ *El Cantábrico*, 18 de enero de 1915.

⁶⁶ *El Cantábrico*, 26 de noviembre de 1915.

⁶⁷ *La Atalaya*, 27 de noviembre de 1916.

⁶⁸ *La Atalaya*, 28 de diciembre de 1916.

⁶⁹ *La Montaña*, 17 de marzo de 1917.

⁷⁰ *La Atalaya*, 15 de abril de 1917.

⁷¹ *El Cantábrico*, 30 de enero de 1917.



FIG. 6. Estado actual del edificio de la Azucarera Montañesa. El edificio principal sufrió una débil modificación por parte de la Lechera Montañesa; el edificio de la derecha fue construido para fabricar harinas lacteadas por parte de esta empresa; la chimenea es la original. Fuente: colección del autor, septiembre de 2019.

vez, era de muy baja calidad a causa de una prolongada sequía durante el mes de julio⁷².

Aunque la fábrica había podido reabrir sus puertas tras el anuncio de 1914, el cierre definitivo parecía cada día más próximo. Ni siquiera el aumento del precio pagado por la remolacha, que llegó a 60 pesetas para la campaña 1918-1919, consiguió revertir la situación, ya que tan solo se recibieron 3.200 toneladas de remolacha para producir 316 toneladas de azúcar (Cuadro I). Estas tres campañas fueron, en definitiva, el canto de cisne de una fábrica que no pudo continuar activa debido a la reiterada falta de materia prima para poder trabajar normalmente, y que siempre tuvo su futuro pendiente de un hilo. Por ello, cuando se anunció el cierre definitivo no se alzaron voces como en otras ocasiones clamando por su reapertura, de manera que dejó de funcionar «sin que nadie haya pedido que vuelva a funcionar tan importante fábrica»⁷³.

Si en años anteriores con un mercado protegido la Azucarera Montañesa no había cumplido con las expectativas iniciales, iba a resultar imposible conseguirlo en el momento que se abrieron las fronteras al azúcar extranjero. La Ley de 15 de julio de 1914 redujo los derechos aduaneros, que se llegaron a suprimir por la Ley de 11 de noviembre de 1916 (BARAJA, 1994, pp. 100-102). «Se daba así la tremenda paradoja de que una industria con exceso de capacidad no conseguía ni siquiera abastecer al propio mercado nacional» (MARTÍN, 1987, p. 307). La neutralidad española durante la I Guerra Mundial re-

sultó muy beneficiosa para muchos sectores industriales, sin embargo, en el azucarero muchas fábricas como la de Torrelavega permanecían cerradas o con muy escasa producción mientras que libremente cruzaban las fronteras miles de toneladas de azúcar antillano.

En julio de 1920 los principales periódicos locales, y algunos madrileños, publicaron el anuncio de la venta de «los terrenos y edificios de los que fue la Azucarera Montañesa en Torrelavega en el estado que se hallan actualmente». Aunque en la prensa local se anunció al poco tiempo su adquisición por un conocido ingeniero extranjero, no fue hasta noviembre de 1926 cuando la venta se formalizó. La sociedad anónima Lechera Montañesa, participada principalmente por la Compañía Azucarera Peninsular, había adquirido la vieja azucarera para transformarla en fábrica de derivados lácteos, fundamentalmente de leche condensada.

VI. CONCLUSIONES

La Azucarera Montañesa fue la primera gran fábrica que se instaló en Torrelavega, la ciudad que con el paso del tiempo se convertiría en el principal centro industrial de Cantabria. Asimismo, fue la primera que aprovechó las favorables condiciones que reunía la ciudad a finales del siglo XIX y principios del XX para instalarse. Su situación a nivel provincial como cruce de caminos, sobre todo ferroviarios, su proximidad a los puertos de Requejada y Santander y su carácter de capital comarcal eran factores atrayentes para cualquier tipo de actividad

⁷² *La Atalaya*, 13 de enero de 1918.

⁷³ *El Cantábrico*, 20 de julio de 1920.

industrial. La fábrica azucarera fue un germen industrial que fue creciendo de la mano de Solvay en la primera década del siglo XX, de las fábricas lecheras posteriormente, y más adelante por otras grandes empresas, como la fábrica de neumáticos Continental y la de fibras sintéticas y celulosa Sniace.

Las enormes posibilidades que tenía la región para el fomento del cultivo de la remolacha y su fácil colocación en la fábrica gracias a las líneas ferroviarias no fueron desaprovechadas por los impulsores de la empresa. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados desde su instalación, los campesinos cántabros se mostraron extraordinariamente reacios a adoptar este nuevo cultivo y prefirieron dedicar su terrazgo a otras especies conocidas como la alubia y sobre todo el maíz, aparte de dedicarlo a prado para la alimentación de un ganado vacuno en expansión a comienzos del siglo XX⁷⁴.

La falta de materia prima fue la principal rémora que lastró a la fábrica durante las dos décadas que estuvo abierta, pese a que no tenía competencia en la región dado que las fábricas asturianas carecían de almacenes fuera de su provincia. Es muy elocuente en este sentido que una fábrica que tenía una capacidad anual para moler 40.000 toneladas de remolacha no llegara a entrar en sus almacenes ni siquiera la mitad en el mejor de los años.

En este desfavorable panorama se comprende que la amenaza del cierre definitivo pendiera sobre ella desde el momento en que se creó la Sociedad General Azucarera para intentar ordenar un sector que producía azúcar en exceso con relación al consumo nacional. Cíclicamente la prensa local se hacía eco de un inminente anuncio de cierre, que seguramente era contraproducente para la propia fábrica por cuanto esta incertidumbre no animaba a los campesinos a aumentar la superficie de cultivo de la remolacha. Así, el anuncio del cierre definitivo de la fábrica en 1919 no extrañó a nadie.

Casi el único aspecto positivo que se puede resaltar es que la ciudad de Torrelavega se dotó de un edificio industrial muy versátil, de manera que tras el cierre de la azucarera pudo ser reconvertido en fábrica lechera e incluso, pasadas varias décadas, en sede de la Feria de Muestras de Cantabria; tras un tiempo de incertidumbre sobre su futuro, en breve se convertirá en un centro cultural que acogerá la Colección Norte del Gobierno Regional de Cantabria, así como otras manifestaciones culturales. Sin duda, un edificio con un notable valor patrimonial, que continúa hoy en pie (Figura 6).

⁷⁴ De la Puente (1992, 279) resalta que la recesión de la azucarera coincide con el ascenso de la producción lechera regional para la incipiente industria láctea.

BIBLIOGRAFÍA

- BARAJA RODRÍGUEZ, E. (1994): *La industria azucarera y el cultivo remolachero del Duero en el contexto nacional*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 695 pp.
- BARRÓN GARCIA, J. I. (1992): *La economía de Cantabria en la etapa de la Restauración, 1875-1908*, Estudio, Santander, 421 pp.
- BIEL IBÁÑEZ, M. P. (2018): «El patrimonio industrial remolachero en Aragón: estado de conservación, catalogación e intervención», en J. Castillo Ruiz y A. Romero Gallardo (coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*, Universidad de Granada, Granada, pp. 163-227.
- CANDELA, P., J. J. CASTILLO y M. LÓPEZ GARCÍA (2002): *Arqueología industrial y memoria del trabajo: el patrimonio industrial del sudeste madrileño, 1905-1950*, Doce Calles, Aranjuez, 192 pp.
- CASADO BELLAGARZA, J. L. (2015): *La colonia agrícola de San Pedro Alcántara, 1857-1910*, Publicaciones y Divulgación Científica, Universidad de Málaga, Málaga, 624 pp. (<<https://riuma.uma.es/xmlui/handle/10630/9923>>).
- CEBALLOS TERESÍ, J. G. (1914): *El problema azucarero*, Imprenta de Isidoro Perales, Madrid, 87 pp.
- CUETO ALONSO, G. J. (1998): «Un paso decisivo en la industrialización minero-siderúrgica de Santander: los Altos Hornos de Nueva Montaña», en Xavier Ajenjo Bullón y Manuel Suárez Cortina (eds.): *Santander, fin de siglo*, Universidad de Cantabria, Ayuntamiento de Santander, Santander, pp. 143-159.
- (2006): *La minería del hierro en la Bahía de Santander, 1841-1936. Un estudio de Geografía Histórica*, Consejería de Medio Ambiente de Cantabria, Centro de Investigación del Medio Ambiente, Santander, 591 pp.
- DONOSO, A. M. (1912): *Desarrollo de la industria azucarera en España y en especial de las fábricas de azúcar de remolacha. Desde 1899 hasta 1911*, Sucesores de J. A. García, Madrid, 145 pp.
- FUERTES ARIAS, R. (1902): *Asturias Industrial*, Alvízoras Llibros, Oviedo, 488 pp. (facsimil de la edición de 1902 con prólogo de Ramón M.^º Alvargonzález).
- GERMÁN ZUBERO, L. (2004): «El azúcar en la España contemporánea», en F. Morales Padrón (coord.): *XVI Coloquio de Historia CanarioAmericana*, Cabildo de

- Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, pp. 2131-2147.
- GUTIÉRREZ FRANCO, Ó. (2015): *Geografía histórica de San Vicente de la Barquera. Un ensayo con la desecación de la marisma de Pombo*, Premio Cabuérniga-Revista Cantárida, Cabezón de la Sal, 100 pp.
- HOYO APARICIO, A. (1993): *Todo mudó de repente. El horizonte económico de la burguesía mercantil en Santander, 1820-1874*, Universidad de Cantabria, Asamblea Regional de Cantabria, Santander, 342 pp.
- JIMÉNEZ BLANCO, J. I. (1986): *La producción agraria de Andalucía oriental, 1874-1914*, Departamento de Historia Económica, Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Universidad Complutense de Madrid, Madrid,
- MARRÓN GAITE, M. J. (2011): «La adopción de una innovación agraria en España: los orígenes del cultivo de la remolacha azucarera. Experiencias pioneras y su repercusión económica y territorial», *Estudios Geográficos*, vol. LXXII, núm. 270, pp. 103-134.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, M. (1987), «La industria azucarera española, 1914-1936», *Revista de Historia Económica*, pp. 301-323.
- MARTÍNEZ SOTO, Á. P., y A. ROSADO CUBERO (2017): «El fracaso del cártel la Sociedad General Azucarera de España: un análisis desde la legislación sobre este sector industrial (1899-1931)», XII Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica. Salamanca, 6-9 de septiembre de 2017, 28 pp.
- NOGUÉS LINARES, S. (1987): *Torrelavega: un espacio industrializado. Los procesos territoriales generados por las grandes empresas industriales en el entorno Saja-Besaya. El caso de Solvay & Cía. y Sniace, 1900-1960*, Ayuntamiento de Torrelavega, Torrelavega, 262 pp.
- ORTEGA VALCÁRCEL, J. (1986): *Cantabria 1886-1986. Formación y desarrollo de una economía moderna*, Estudio, Santander, 499 pp.
- PUENTE FERNÁNDEZ, L. de la (1992): *Transformaciones agrarias en Cantabria, 1860-1930. Especialización vacuna y construcción del espacio agrario*, Universidad de Cantabria, Asamblea Regional de Cantabria, Santander, 364 pp.
- QUIRÓS LINARES, F. (1982): «Notas sobre las fábricas azucareras en Asturias (1893-1957)», *Ería*, 3, pp. 87-96.
- QUIROSA GARCÍA, V. (2018): «El patrimonio industrial remolachero en la costa Norte de España», en J. Castillo Ruiz y A. Romero Gallardo (coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*, Universidad de Granada, Granada, pp. 309-334.
- ROMERO GALLARDO, A. (2018): «El patrimonio industrial remolachero en la Comunidad de Madrid: estado de conservación, catalogación e intervención», en J. Castillo Ruiz y A. Romero Gallardo (coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*, Universidad de Granada, Granada, pp. 291-308.
- RUIZ GÓMEZ, F. (1998): *Fábricas textiles en la industrialización de Cantabria*, Universidad de Cantabria, Textil Santanderina, Santander, 222 pp.
- SÁNCHEZ GÓMEZ, M. A. (1995): *Torrelavega, tres siglos de historia. Análisis de un crecimiento*, Universidad de Cantabria, Santander, 508 pp.
- SÁNCHEZ SÁNCHEZ, F. J. (2014): *La arquitectura del azúcar en la Andalucía oriental*, Universidad de Granada, Granada, 1.749 pp. (<<http://hdl.handle.net/10481/31336>>).
- (2018): «El cultivo de la remolacha y la fabricación de azúcar en España. Panorama general», en J. Castillo Ruiz y A. Romero Gallardo (coords.): *Patrimonio cultural, remolacha y nuevas tecnologías. El paisaje agroindustrial de la remolacha en la Vega de Granada a partir de la reconstrucción en 3D de la fábrica de Nuestra Señora de la Salud de Santa Fe*, Universidad de Granada, Granada, pp. 59-78.

FUENTES DOCUMENTALES

- Archivo Histórico Provincial de Cantabria (AHPC)*, Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 131.
- Archivo Histórico Provincial de Cantabria (AHPC)*, Protocolos Notariales, Notario Tirso de la Torre Izquierdo, Legajo 6479, número 132.
- Archivo Histórico Provincial de Cantabria (AHPC)*, Protocolos Notariales, Notario Manuel Alipio López, Legajo 6569, número 241.
- Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM)*, Notario Bruno Pascual Ruilópez, protocolo 42542, número 247.
- Archivo Municipal de Torrelavega (AMT)*, IMAG0060, BUE Álbum 01, 055.
- Archivo Municipal de Torrelavega (AMT)*, Legajo H170.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

DIRECCIÓN GENERAL DE ADUANAS: *Producción y circulación de azúcares, achicoria y alcohol industrial* (1899-1919).
El Aviso (1899).

El Cantábrico (1898-1920).
El Correo de Cantabria (1898-1900).
La Atalaya (1898-1918).
La Montaña (1917).
La Producción Montañesa (1903-1904).
Revista Cántabra (1909).

Recibido: 12 de noviembre de 2019

Aceptado: 27 de febrero de 2020